

original empieza con un encomiástico *Magni quoque habendae sunt et diligenter promovendae*, valoración que se difumina en la nueva versión castellana al ofrecerse sólo seis líneas más abajo, al final del párrafo, que ahora se introduce con un simple «También hay asociaciones...» demasiado escueto en comparación con el texto conciliar. Quizá la reorganización de todo el período sirva para explicar por qué, en ese mismo lugar, la frase *et sic toti Ordini Presbyterorum servire intendunt* haya sido omitida.

En todo caso, las dudas de interpretación pueden ser fácilmente corregidas gracias a la cercanía del original latino. Resulta, en efecto, novedosa y de elogiar la presentación del mismo, pues no ocupa ya la zona de notas al pie, sino las páginas pares, frente a la versión española, y ambas se imprimen en el mismo tipo de letra y cuerpo, facilitando con ello su uso en los centros teológicos. Es lástima, con todo, que la legibilidad no sea tan buena como en ediciones anteriores, quizá por la calidad del papel.

Siguiendo con una comparación que nos parece útil con las ediciones precedentes, hay que señalar que se ha prescindido —razonablemente, a nuestro juicio— del apéndice (que siempre fue incompleto) de legislación posconciliar; y que permanecen, por el contrario, los discursos pronunciados por Juan XXIII y Pablo VI durante la Asamblea ecuménica, que resultan muy útiles para captar su desarrollo. José María de Miguel ha elaborado esmeradamente los nuevos índices. Nos parece destacable el muy completo y razonado índice de materias (90 pp.); el «De nombres» se ha ampliado, dando lugar a un nuevo índice «De fuentes», y aparece por vez primera el índice «De autocitaciones del Concilio», que muestra la íntima conexión entre los distintos documentos.

Saludamos por tanto esta nueva edición, sensiblemente mejorada, de los textos conciliares, esperando con los Obispos españoles que la renovada toma de conciencia, por parte de nuestras comunidades cristianas, de esta gran reflexión que la Iglesia de nuestro siglo hizo sobre sí misma, fecunde su misión de abrirse al mundo, volviendo a las fuentes, para una nueva evangelización.

J. L. HERVÁS

Thomas L. THOMPSON, *Early History of the Israelite People. From the Written & Archaeological Sources* («Studies in the History of the Ancient Near East», IV), E. J. Brill, Leiden 1994, 482 pp., 16 x 24.

El enorme acopio de datos que han proporcionado las excavaciones arqueológicas de los últimos años ha tenido un fuerte impacto en la investigación de la historia de Israel.

Los intentos que se han realizado para interpretar los restos arqueológicos utilizando los textos bíblicos se han encontrado con numerosos problemas, no sólo en la «época patriarcal» y en la «época de los Jueces», sino también en el mismo origen de la monarquía. A esto se añade que el reciente desarrollo de los estudios de crítica literaria del Pentateuco y los libros posteriores, al retrasar la posible fecha de composición de estos textos bíblicos hasta la época del imperio persa, llama a la prudencia ante la utilización de esos textos para reconstruir la historia. Si, según parece, esos libros se han escrito mucho después de los sucesos narrados, no tiene nada de extraño que, al redactarlos, se hayan proyectado en épocas pretéritas algunos nombres o instituciones cuya realidad histórica es posterior.

El inicio de esta crítica sistemática de la metodología utilizada durante la mayor parte del siglo XX para la reconstrucción de la historia de Israel se debe, entre otros, a Th. L. Thompson en el estudio que realizó sobre la historicidad de los relatos patriarcales, publicado en 1974. A partir de entonces el número de trabajos de diversos autores en esta línea ha crecido constantemente, sobre todo en los últimos diez años.

La obra de Th. L. Thompson, publicada por primera vez en 1992 y cuya segunda reimpresión reseñamos, ofrece una visión de conjunto de esos intentos, enriquecida con numerosas aportaciones personales.

El objeto de este estudio es la reconstrucción de la «historia de Palestina», esto es, la historia del escenario en el que se desarrollan los relatos bíblicos, construida exclusivamente a partir de los restos arqueológicos y las fuentes escritas antiguas. Se prescinde de los textos bíblicos en la interpretación de esos restos para evitar incurrir en anacronismos.

A lo largo de las páginas, el autor va pasando revista con detenimiento a los principales estudios que han aportado datos de interés para el acceso a la historia antigua de Palestina, haciendo una valoración crítica muy personal de estos trabajos. De este modo, va seleccionando lo que le parece aprovechable de los mismos, a la vez que explica las limitaciones que encuentra en algunos aspectos de lo que otros han dicho. Así, llega a una reconstrucción de los acontecimientos cuyas líneas fundamentales son las siguientes:

En la región central de Palestina, el cambio climático que produjo unas grandes sequías entre el 1600 y 1250 a. C. trajo consigo una concentración de la población, que fue abandonando los pequeños poblados para reunirse en grandes pueblos o ciudades situados en las tierras bajas o en los grandes valles de las montañas, más aptos para la agricultura. Muchos pequeños asentamientos, sobre todo los que se encontraban al borde de la estepa, fueron abandonados.

En el periodo del Hierro I continuaba el avance de las regiones áridas por la sequía, y correlativamente al gran movimiento de población que tuvo lugar en todo el Mediterráneo oriental con la caída de la civilización micénica y las oleadas de pueblos del mar en las costas del Oriente Medio, se fueron deteriorando las condiciones de vida en los pueblos de las zonas bajas de Palestina. Se observa entonces una creciente colonización de zonas que se dedican por primera vez a la explotación agrícola en los altos de Efraín. En ellos, y de acuerdo con las características más apropiadas de cada terreno, van apareciendo zonas dedicadas a los cereales y al pastoreo, los productos de huerta, y el vino o aceite. Esta ocupación trajo consigo una plena sedentarización de la población de la zona central, aunque quedaron restos de trashumancia ganadera en las colinas orientales, y agrícola en las occidentales. La complementariedad de ambas producciones, propició el desarrollo de los vínculos comerciales entre ambas zonas, en los que también cobraría un protagonismo importante la población sedentarizada.

En el Hierro II se produjo un nuevo cambio climático que trajo consigo unas mejores condiciones para los cultivos y un rendimiento agrícola por encima de lo normal en aquellas tierras. Hubo un gran aumento de población en las regiones de Siria y Palestina central, así como un notable auge del comercio interregional en toda la zona. En esta época se construyó Samaría, una verdadera capital política, con los servicios públicos necesarios para organizar el comercio y la defensa de toda la zona central. Uno de los cambios más característicos de esta época con respecto a la anterior es la transformación del comercio, que toma grandes dimensiones con la creación de rutas y mercados internacionales. No obstante la centralización del poder político no fue absoluta, ya que la propia estructura geográfica de la zona, con varias subregiones de características bastante diferenciadas entre sí, hizo que hubiera varios centros que en ocasiones mantenían sus diferencias con el poder centralizado de los altos de Samaría.

En la región meridional de Palestina, la población de los altos de Judea presenta interesantes analogías y contrastes con las zonas altas de la región de Efraín. En el Bronce Reciente y en el Hierro I hubo una agricultura próspera en los alrededores de Jerusalén y en el valle de Ayalón, zonas en las que había pequeños poblados con mercado. Entre ellos destacaba Jerusalén, que no obstante quedaba un tanto aislado debido a que en las regiones montañosas que hay al sur de la ciudad apenas había asentamientos debido a la aridez del terreno. Al sur de las zonas altas, en el norte del Négueb, solamente un poblado dedicado al mercado ganadero tenía alguna importancia. Mientras tanto, en la zona de la Safela, subsistían núcleos autóctonos de población casi aislados.

Al comienzo del Hierro II Jerusalén era un pueblo, análogo a otros de la Safela como Guézer y Lakish. No parece que la supremacía de la ciudad se extendiese muy lejos, ni que tuviera gran importancia. En esa época se puede observar una notable proliferación de pequeñas poblaciones en los montes del desierto de Judea, y en la zona norte del Négueb, con una población que vivía del pastoreo o de la agricultura en terrazas. Parece que esta repoblación se debió a una expansión de la población de la Safela para aumentar sus campos de olivos —para cuyo aceite estaba creciendo mucho la demanda internacional—, y que esta extensión de los cultivos forzó en parte la sedentarización de los pastores nómadas de la estepa. Hasta el final del siglo VIII a. C. Jerusalén se disputaba con Hebrón y con las poblaciones de la Safela, sobre todo Lakish, el control de esas zonas altas de Judea. En cualquier caso, no parece que esas ciudades dependieran de Jerusalén en ese tiempo, sino que más bien los datos actuales apuntan a que eran competidoras de la misma.

En cambio, en el siglo VII a. C. se produjo un desarrollo notable de la ciudad de Jerusalén. Se puede constatar un gran aumento de población y una creciente prosperidad que le proporcionaban ya, en ese momento, los rasgos de una capital regional. Los datos arqueológicos del crecimiento de Jerusalén manifiestan que éste se produjo en una época inmediatamente posterior a la destrucción de Lakish. Según Thompson, parece difícil asumir que el crecimiento de Jerusalén en este momento estuviera relacionado con la llegada de gente procedente de Samaría, tras la caída de ésta, pues no habían sido amistosas las relaciones previas entre ambas poblaciones, y los samaritanos que no hubieran sido deportados y escaparan de su territorio encontrarían mejor refugio entre sus antiguos aliados de Fenicia. El desarrollo de la ciudad habría que relacionarlo más bien con la caída de Lakish. La creciente importancia de Jerusalén en esa época no derivaba de la riqueza agrícola de la Safela, sino que se vio reforzada por la política Asiria que buscaba establecer un estado vasallo en Judea, del que hizo capital a Jerusalén, lo mismo que sucedió con Ekrón en la región de la costa mediterránea. La hegemonía de Jerusalén se fue extendiendo hasta que llegó a dominar Hebrón y el norte del Négueb. De este modo, la ciudad llegó a ser la capital de un estado regional durante el siglo VII a. C. Sin embargo, parece que a diferencia de la Samaría de los siglos anteriores no se trataba de un estado soberano, sino vasallo del imperio Asirio.

Entre el siglo VII y el VI a. C. el poder asirio se fue debilitando, a la vez que se abría paso el creciente poderío militar babilónico. El estado de Jerusalén no pudo soportar el embate de las armas. La población sufriría notables transformaciones debido a la política de deportaciones llevada

a cabo por Babilonia, como antes lo había hecho Asiria con las regiones centrales de Palestina. Sin embargo, esas políticas no tenían como fin primario el castigo de los deportados, sino asegurar la sumisión de la zona conquistada, y utilizar a los deportados como defensores del poder imperial en su propio territorio frente a posibles intentos de sublevación. Para ganar el favor de los deportados, éstos recibían en su nuevo domicilio tierras y propiedades, e incluso elementos de defensa frente a la población indígena. Así se deduce de los textos asirios, y según parece los babilonios y persas continuaron esta política a gran escala.

Con la conquista de Jerusalén y su sumisión al poder babilónico, llegaba al límite una notable transformación de la estructura social de Palestina, que se venía gestando desde la caída de Samaría. Las excavaciones arqueológicas ponen de manifiesto que después de la llegada de los asirios se produjo un colapso de la vida urbana en Galilea, que no comenzaría a dar señales de recuperación hasta la época helenística. Pero entonces los asentamientos que se van estableciendo son de unas características sociales y culturales muy diferentes a los anteriores. El valle de Yezrael y los altos de la zona central, que eran zonas de gran prosperidad agrícola, quedaron muy deteriorados al ser incorporados al imperio asirio. Por su parte, también las regiones del sur quedaron deprimidas desde la caída del imperio asirio, y especialmente tras la llegada de los babilonios, hasta bien avanzada la época persa. En todas esas regiones, sobre todo en las partes conquistadas por Asiria, se habían producido, además, traslados masivos de población: parte de la población autóctona fue trasladada a otros lugares, y hubo repoblaciones realizadas con gentes desarraigadas de otros lugares. A finales del siglo VI a. C. Palestina era una región carente de casi toda unidad, ya sea social, económica, lingüística o cultural.

Un elemento importante en la política de estos grandes imperios fue la creación de una ciudadanía fiel al gobierno imperial, que no aceptara otros poderes políticos en sus regiones que fueran independientes del imperio. En el adoctrinamiento de las poblaciones sometidas no se hablaba de conquista, sino de legitimación, derechos de sucesión o restauración del poder legítimo. Esta política fue perfeccionada por los persas. Los esfuerzos por presentar a los pobladores de los distintos territorios la «restauración» que se estaba realizando por las autoridades persas era una de las tareas prioritarias del imperio. En ese contexto histórico, piensa Thompson que no hay motivos para dudar de la autenticidad del edicto de Ciro del que se habla en la Esd 1, 2-4. Siguiendo su política habitual, se puede comprender que Ciro promovió la «restauración» de esta provincia, impulsando el culto «tradicional» a Yahweh. Hasta aquí, una breve síntesis de las conclu-

siones a las que Th. Thompson llega tras su minucioso y documentado estudio (cfr. pp. 401-412).

Pensamos que de alguna manera esta obra de Th. Thompson marca un hito en el desarrollo de las «Historias de Israel». Aunque, sin duda tiene aspectos discutibles, y en los que se le pueden plantear algunas objeciones.

De una parte, no queda suficientemente explicada la ausencia de relación entre el crecimiento de Jerusalén en el siglo VII a. C. y la caída de Samaría. Las motivos apuntados por el autor son razonables. Sin embargo quedan sin explicación convincente algunas cosas. Por ejemplo: es conocido por la documentación moabita que Yahweh es un dios de Israel —del reino establecido en los altos de Efraín— en el siglo VIII a. C., pero también es el dios cuya protección invocan los defensores de Lakish a principios del siglo VI a. C. ¿Cómo se puede explicar esto? Una posibilidad sería aceptar que los refugiados de Samaría llevaron su culto a Judea después de la caída de su capital. Si esto no se acepta habría que postular unas relaciones étnicas y religiosas entre las poblaciones de las regiones centro y sur de Palestina, anteriores a estos acontecimientos, de las que no se habla en esta obra y que no encajan del todo bien el marco histórico que se ha reconstruido.

De otra parte, pensamos que el punto menos claro de la hipótesis de Thompson es la sugerencia de que gran parte de los textos bíblicos se componen en el contexto de la política imperial persa para garantizar la sumisión pacífica de las zonas dominadas, presentando un sincretismo religioso entre el «dios de los cielos» persa con diversos elementos de origen palestino como la «restauración» de la religión «tradicional» del pueblo. No dudamos de que esa circunstancia histórica pudo influir, y de hecho influyó mucho, en la tarea de la puesta por escrito de gran parte de textos bíblicos. Sin embargo, el propio análisis interno de los textos de la Biblia y su contraste con el propio marco histórico independiente propuesto por Thompson, fuerzan a prestar mayor consideración de la que se le presta en esta obra a las tradiciones religiosas de algunos de los habitantes de Palestina en épocas anteriores a la del imperio Persa.

No obstante, a pesar de las objeciones apuntadas, consideramos que el estudio de Thompson merece una lectura detenida por parte de los investigadores, y abrirá sin duda un rico debate. Para el biblista, su mayor aportación está en la metodología que postula y procura desarrollar. Consideramos encomiable el intento de establecer un marco histórico «independiente» que permita al exegeta comparar adecuadamente los relatos bíblicos con hechos contrastados por otras fuentes, así como tener un marco histó-

rico fiable —aunque parezca minimalista— en el que procurar fijar las distintas etapas de la composición de los libros Sagrados. Los esfuerzos por alcanzar el «sentido literal» de los textos bíblicos encontrarán una ayuda inestimable en obras llevadas a cabo con honradez científica aprovechando esta metodología.

F. VARO

Ramón ARNAU, *Tratado general de los Sacramentos*, (Sapientia Fidei: Serie de Manuales de Teología), Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1994, 372 pp.

Primer decano, en 1974, de la Facultad de Teología San Vicente Ferrer, el profesor Arnau enseña en ella actualmente Teología sacramentaria, materia a la que ha dedicado gran parte de su actividad docente y de su investigación. La colección «Sapientia Fidei», cuyos manuales avanzan a buen ritmo de publicación, ofrece ya este esperado libro sobre los Sacramentos, que supone un sustancial enriquecimiento de la bibliografía española sobre el tema.

El libro del profesor Arnau se une a un grupo no muy numeroso de compendios recientes sobre teología sacramentaria en lengua castellana, en el que sobresalen las traducciones (J. Auer, *Sacramentos. Eucaristía*, Barcelona 1975; H. Vorgrimler, *Teología de los Sacramentos*, Barcelona 1989; Kenan B. Osborne, *Teología Sacramental. Introducción general*, Valencia 1990). El manual de Antonio González Dorado *Los Sacramentos del Evangelio* (Celam, Bogotá 1991) disfruta de amplia difusión en la América de habla española. Queda algo lejos la competente obra de M. Nicolau, *Teología del Signo Sacramental* (Madrid 1969), de modo que el libro que comentamos es de hecho el único representante actual de la teología sacramentaria en nuestro país, a nivel de manuales.

La doctrina sobre los sacramentos ha experimentado en las últimas décadas un desarrollo y una profundización que corresponden a la importancia que esta doctrina encierra para la concepción salvífica cristiana, tal como se refleja en la tradición y en la teología de la Iglesia. Sin perjuicio de los importantes enriquecimientos que se han derivado para esta teología del diálogo interconfesional, el tratado de los sacramentos ha sido siempre emblemático, por su conexión con la eclesiología, del modo católico de entender, celebrar y vivir los misterios cristianos.